

PLUMA y LAPIZ



NÚM. 91

CONCEPCIÓN CATALÁ

Fot. de Esplugas.





UN NOMBRE DE MUJER

POR QUÉ tiembla usted al oír mi nombre? ¿No le gusta? ¡Gloria! Es uno de los nombres más bonitos de mujer.

Y la joven sonrió maliciosamente, enseñando á Emilio unos dientes muy pequeños, cuya blancura se destacaba en el marco rojo de sus labios.

El joven se levantó de su asiento, saludó ceremoniosamente y se marchó al extremo opuesto del salón.

—¿Qué le ha pasado á Emilio?—preguntó á Gloria una de sus amigas.

—No sé. Debe estar loco ó es un majadero. Desde hace quince días me sigue á todas partes; casualmente nos hemos encontrado hoy en esta casa; se ha acercado á mí sin que nadie le presente y me ha preguntado:—¿Cómo se llama usted?—Gloria,—le respondí; y en el acto se despidió y me dejó con la palabra en la boca.

Momentos después, Emilio salía de la casa, acompañado de su amigo Alberto.

—¿Qué!—dijo éste.—Te ha dado calabazas?

—No.

—Entonces... ¿Es que viéndola desde cerca no te parece guapa?...

—Hermosísima.

—Quizá, en conversación...

—Es bonita, distinguida, simpática; empezaba á enamorarme de ella, pero...

—¿Qué?

—¡Se llama Gloria!

—Un nombre precioso y muy propio para ella, porque á la Gloria se creará transportado el feliz mortal á quien miren amorosamente los ojos de esa muchacha. Desde hace dos años tienes unas rarezas propias de un extraviado. Estás triste; parece que te molestan los amigos; has huído de todas las fiestas; te pasas encerrado en tu casa quince ó veinte días; no te gustaba ninguna mujer, y cuando ahora creíamos que empezabas á curarte y que estabas enamorado, dices que no quieres á la muchacha porque se llama Gloria. Estas son manías de un chiflado.

—No son extravagancias de un loco, sino el recuerdo de una historia de amor tan breve como trágica. Ese nombre despierta en mi alma terribles remordimientos y al pronunciarlo tiemblan mis labios y asoman las lágrimas á mis ojos. ¿Por qué se llama Gloria esta mujer, la única por quien mi corazón ha sentido algo que empezaba á parecerse al amor?

Y el joven apretó nerviosamente el brazo de Alberto y, acercándose á su oído, le dijo:

—Escucha. Hace tres años pasé una larga temporada en Sevilla. Mañana y tarde, cuando iba al cuartel, veía en una ventana, tras la reja cubierta de flores, á una joven morena, con ojos negros, de mirada triste y soñadora, y pelo rizado y brillante que le caía á grandes bucles á derecha é izquierda de la frente.

Varias veces intenté acercarme para hablarle y ella cerró las puertas de la ventana. Siempre que me permitía aquella libertad, dejaba de aparecer en la reja tres ó cuatro días. Una noche, me la encontré en el teatro, al lado de un hombre que debía ser su marido; un viejo, alto, flaco, nervioso, que dirigía una mirada iracunda á todo el que fijaba la vista en su mujer, y desde entonces procuré ser prudente para no comprometerla.

Mi carácter reservado y el temor de poder ocasionarle un disgusto, fueron causa de que no preguntase quién era aquella joven tan hermosa que estaba siempre prisionera tras la reja; pues muy pocas veces tuve la fortuna de encontrarla en la calle.

Transcurrieron varios meses sin que pudiera dirigirle la palabra. Todos los días pasaba ante la ventana; mis ojos se clavaban en los suyos y parecían comunicarse en una mirada la profunda simpatía y el amor que empezaba á germinar en nuestros corazones.

Una noche, me acerqué á la reja y me dijo:

—¡Por Dios! ¡No me comprometa usted! Mañana á esta hora al Palacio de San Telmo.

Cuando llegó al sitio convenido, intenté hablarle del cariño que por ella sentía.

—No juzgue usted mal de mí,—respondió.—No he venido para oírle decir que me quiere, sino para salvar su vida. Mi marido es un sér brutal y su pasión de viejo le hará cometer una infamia. Ha sabido que nos mirábamos con simpatía... no, digo mal, con curio-

sidad; que pasa usted diariamente por delante de mi ventana y he podido enterarme de que quiere matarle. No me atreví á confiar á persona alguna este mensaje por temor á que me descubriera y he querido avisarle el peligro que corre. Le ruego que me olvide, que no pase ante mi ventana y que no prive á una pobre prisionera del único placer que tiene: contemplar las flores de su reja y á los niños que juegan en la calle.

Añadió que no debía alimentar ilusiones que no podían convertirse en realidad y me suplicó con lágrimas en los ojos que no volviera á verla. Su marido era el Argos implacable que, convencido de que no podía inspirar cariño, velaba sin descanso para evitar que los suspiros de la joven fueran más allá de los hierros de la ventana.

Se despidió sin dar tiempo á que pudiera contestarle, y cuando se marchaba le pregunté:

—¿Va usted á irse sin decirme su nombre? ¿No voy á saber quién me quita la vida y á la vez viene á salvármela? — Gloria, — me contestó y, apretándome la mano con un movimiento nervioso, se alejó rápidamente.

A la siguiente noche leí en los periódicos el relato de un crimen cometido en la calle de las Armas. Un marido celoso, que sospechaba de la conducta de su mujer, la cual había salido de su casa á horas en que no acostumbraba á abandonarla nunca, tuvo con ella una disputa y le clavó un puñal en el pecho. La joven murió en el acto y el asesino huyó, sin que pudiera encontrársele.

El periódico no publicaba el nombre de la víctima; pero, sugestionado por el presentimiento de mi enorme desventura, eché á correr como un loco.

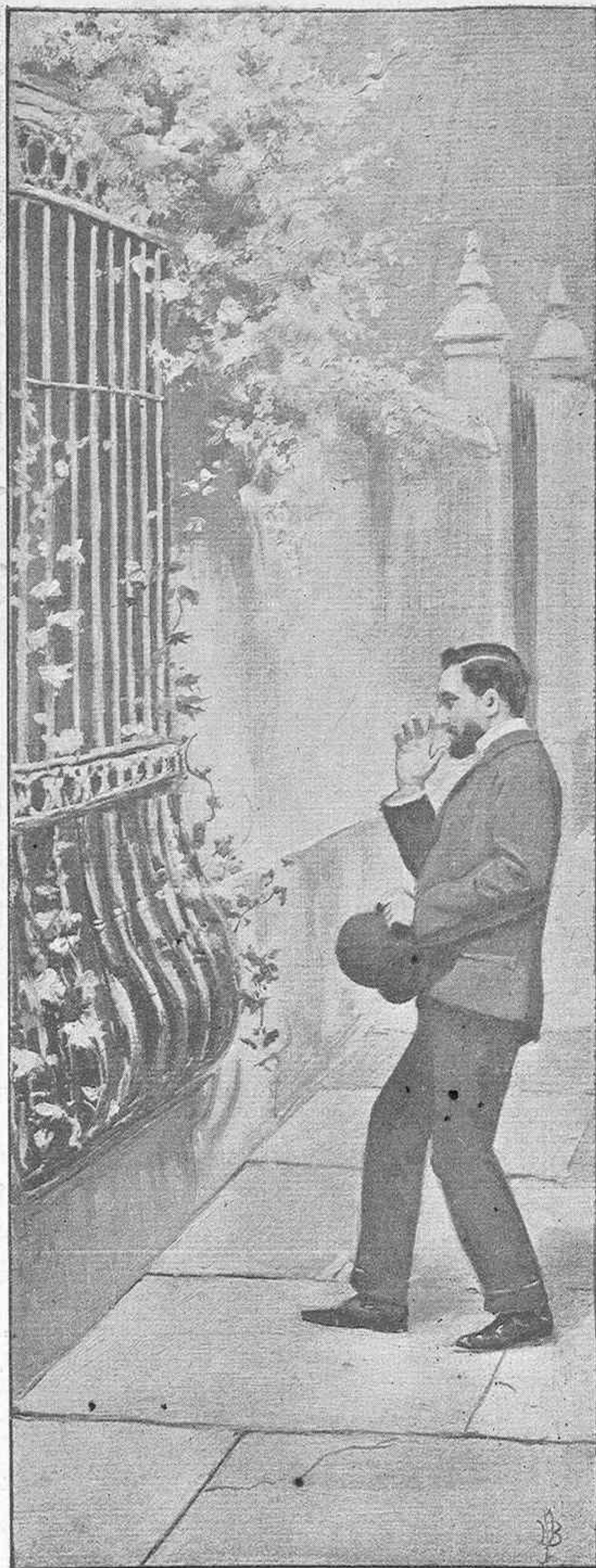
Cuando llegué delante de la ventana, el corazón parecía salirseme del pecho y me creí víctima de una horrible pesadilla. Tras la reja cubierta de flores, se veía, iluminado por las temblorosas luces de los cirios, el ataúd que encerraba el cuerpo de Gloria, vestido con el hábito de hermana de la Caridad. Su rostro moreno y los negros bucles de sus cabellos, se destacaban sobre la blanca toca y en sus labios parecía dibujarse la amarga sonrisa que iluminaba su cara de sufrimiento, cuando me contó las penas de su vida de mártir.

Aquella noche, lloré como un niño por la muerte de la mujer amada, y te juro que, en mi insensato deseo de venganza, hice más averiguaciones que la policía para saber el paradero del asesino, con el propósito de matarle.

Fuí yo el culpable de tanta desventura, pero bien he pagado mi falta. De mi alma no se borra el amor de Gloria y siempre permanecerá en mi imaginación el recuerdo de la reja de flores que separó nuestros cuerpos en la vida y en la muerte. ¿Comprendes por qué asoman lágrimas á mis ojos y se extingue en mi corazón el amor que nace, por haber escuchado un nombre de mujer?

GABRIEL BRIONES

Ilustraciones de PABLO BÉJAR.



¡SEVILLA!

ABRIL! ¡Mayo!... Cuando vayáis á Sevilla, id en esa época; Sevilla se adorna con su mejor atavío, se llena de flores para el forastero; lo recibe amable, fresca, gentil, con su más dulce sonrisa, con su más bello saludo, aturdiéndole con su hermosura de diosa, embriagándole con su aliento de virgen; por frío, por adusto que aquél sea, tiene que entregarse: Sevilla entorna los ojos, y así, con los ojos entornados, le mira, se echa á reír é intiman al punto... Esa es la Sevilla genial, la graciosa, la pintoresca, la que os seduce con una sonrisa, la que os enloquece con una copla, la que os mata con un retruécano, la que os coge con su mano redonda, pequeña, tibia, y os lleva á su catedral, á sus palacios, á sus jardines, á su Guadalquivir, adurmiéndoos con sus ojos ardientes, y despertando vuestra sed con sus labios húmedos; la que os lleva, en fin, á sus corrales de los Humeros y la Cestería de Triana y la Macarena, hasta que os vence, os rinde, os subyuga, y abrasado el cerebro de tanta luz, buscáis reposo en la habitación de vuestro albergue, más silencioso, más apartada: y batallando allí contra todo aquello que os encañonó, sentís aún llegar hasta vosotros rumor apagadísimo de castañuelas, penetrar en vuestro corazón no sabéis qué caricia embalsamada con aromas de nardos y claveles.

RUPTURA DE RELACIONES



—¿Conque es *verdá*?
 —¿Conque es cierto?
 —¡Me lo han *conta*o!
 —¡Me lo han *dicho*!
 —Que tú con Rufa... ¡*velay*!
 —¡Que tú con el Basilio!...
 —¡Te voy á arrancar la piel!
 —¡Te voy á sacar los hígados!
 —¡Poca lacha!
 —¡Poco *cutis*!
 —¡Rata!
 —¡Golfal!
 —¡Vamos!...
 —¡Digol!...

Tú á mí me has *toma*o por uno
 y soy otro *mu* distinto,
 porque soy un hombre *honra*o
 y hasta si se quiere *dix*no,
 y que no he de consentir
 que me quiten lo que es mío,
 ni me ensucien un honor
 que tuve siempre *mu* limpio.
 ¿Estás tú?

—¡*Gachó*, *mu* bien!
 ¡Pero que *mu* bien, he *dicho*!
 ¡*Anda la órdiga*! Tú, dando
lecciones de catecismo
 y de moral, á quien puede

poner cátedra... ¡So tipo!
 ¿Conque aún he de darte *cu-*
 [tas

cuando eres tú, gran indino,
 el que se entiende con Rufa
pa ponerme á mí en *redículo*?
 ¡Tu honra! ¡Vaya una salida!
 ¿*Pus* qué, la mía es un pingo
 que se *pué* echar al arroyo
 sin *escrúpulo* maldito,
pa que la vea un traperero,
 y la coja con el pincho,
 y la trate luego como
 á *cualquier* desperdicio?
 ¿*Crés* que lo voy á dejar?
 ¿*Crés* que voy á consentirlo?
 ¡Si eso *te se ha figura*o
 estás *equivocadismo*!

¡Vamos! ¡*Miá* tú que salirme
 con que si yo y Basilio
 estamos de acuerdo ú no
pa desfigurarte el físico!
 ¡Eso no es más que un *infundio*
 que has *imagina*o tú mismo
pa taparme á mí la boca,
 cuando *supistes* de fijo
 que yo me había *entera*o
 de tus mañas y tus líos!
 Porque, aunque casi (¡y sin ca-
 [si!)

lo tendrías merecido,
 ya sabes tú *demasiado*
 que me *aprecio* y que me *estimo*
 lo bastante, *pa* no echarme
 ni á los perros... ¡ni á los mi-
 [cos!

Lo que hay es que como tú
 no *tiés* sangre ni *tiés* hígados,
 ni sabes llevar siquiera
 los calzones en su sitio,
tuvistes miedo y *quisistes*
 armarme á mí un laberinto,
pa que yo con la *sorpresa*
 te dejara á ti tranquilo
 y no te diese la soba
 que merecías, por primo.
 ¡Pero no te apures que
 no he de ensañarme contigo!

Pus como me consta que eres,
 como aquel que dice, un niño,
 por lo *panoli*, lo simple,
 lo lila y lo inofensivo,
 te *desprecio* y no te quiero
 lesionar en lo más mínimo,
pa que luego no me vengan
 á acusar de *infanticidio*.
 Me contento con decirte:
 « Esto ya se ha *conclu*ido;
 te *pués* buscar otra *mema*
 que te regale pitillos
 y que te llene el *monago*,
 y que te vista de limpio,
 porque, lo que es á esta *próji-*
 [ma,

no la tomas ya de pito ».
 —¿Has *acabao*, Castelar?
 —Acabé: lo dicho, dicho.
 —¡*Anda Dios*! ¡Y que no es
 [nada

lo que me pierdo contigo!
 ¡*Méndiga*!

—¡Adiós, Presidente
 del Consejo de *Menistros*!
 José GONZÁLEZ GALÉ
 Ilustrado por T. Gascón.

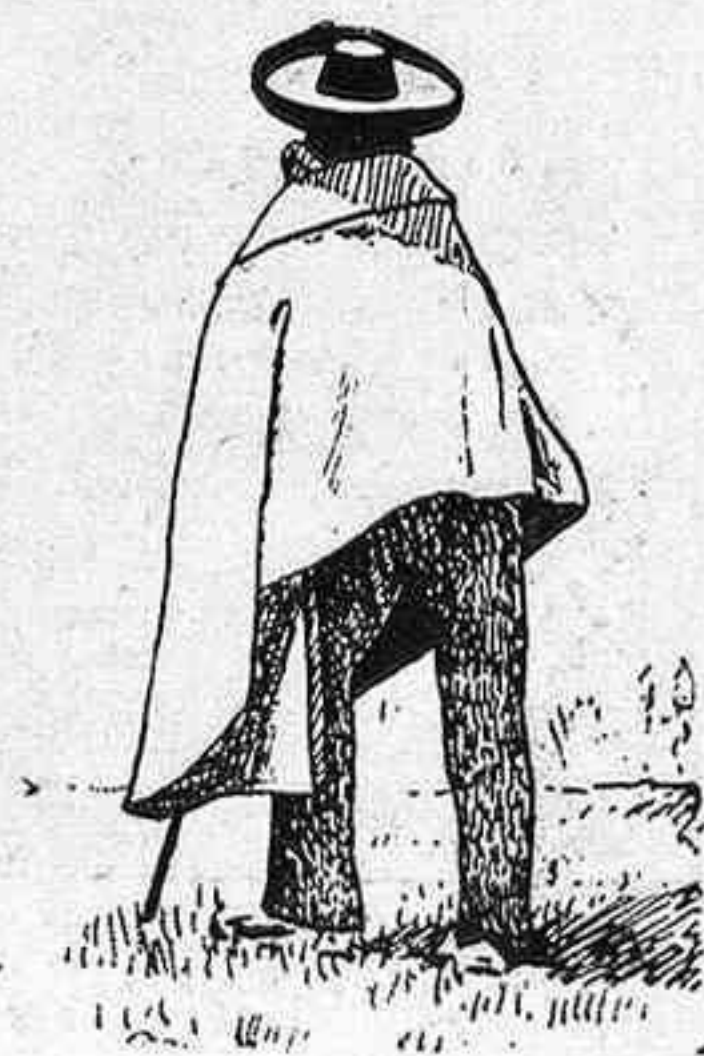
SAGUNTO

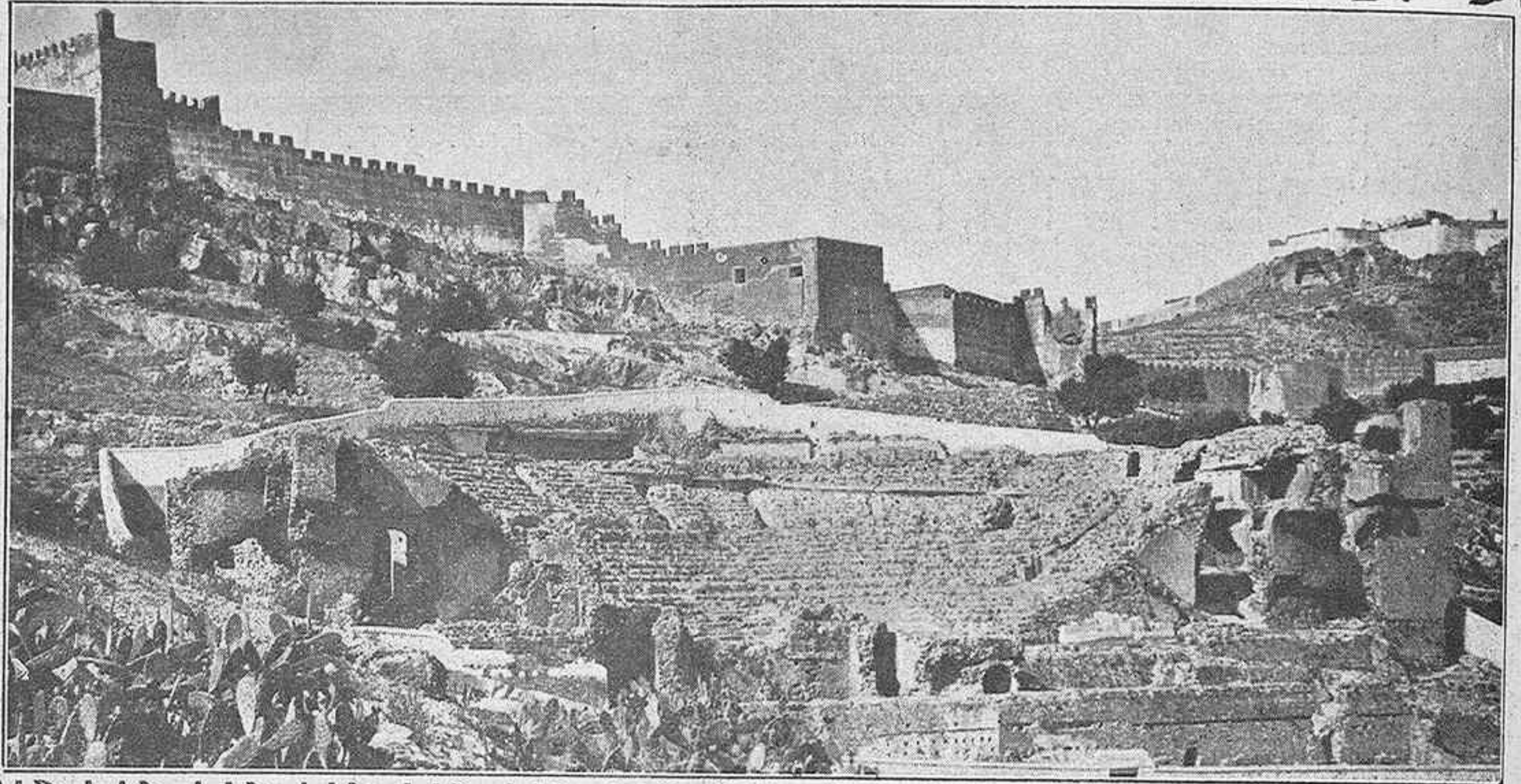


VISTA GENERAL DE SAGUNTO.



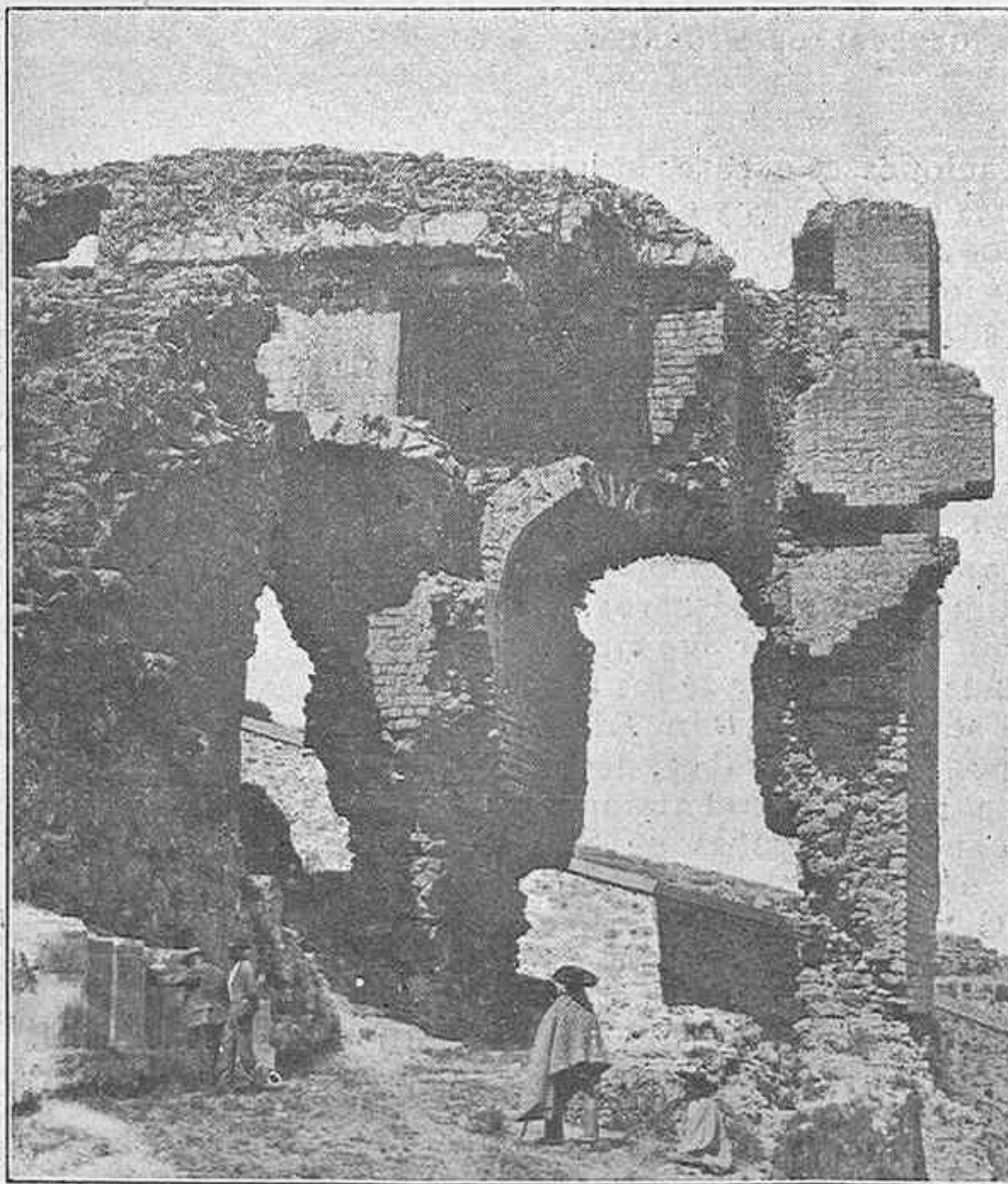
HAY pueblos en la historia de las naciones que parecen haber sido escogidos por el Dios de la guerra para teatro de las luchas más empeñadas y de los hechos más heroicos; tal es Sagunto, (hoy Murviedro), del que la mayoría conoce tan sólo la defensa heroica contra los Cartagineses, cuando cuenta con otros muchos hechos que bastarían, por sí solos, á inmortalizar un pueblo, y que han quedado oscurecidos ante el primero. Varias veces ha cambiado de dueño, costando cada cambio miles de vidas y ríos de sangre, y como si la sombra de aquellos muros y ruinas ó el ambiente de aquellos campos inocularan en las venas de sus pobladores, llamáranse romanos, godos, árabes ó cristianos, el valor y el heroísmo. La mayor gloria de sus triunfos consiste en haberlos conseguido contra los más denodados caudillos del mundo. Luchan los primeros saguntinos (año 219 A. de J.) contra Anibal, terror de Roma; necesaria es la presencia de un Escipión el Africano para que de nuevo pase á poder de sus antiguos dueños, súbditos ya de los romanos, (214 A. de J.); ignórase quien fué su conquistador en tiempo de los bárbaros, mas ya en tiempos de los árabes vemos á todo un Tarik sitiar sus murallas, (siglo VIII); dos veces es arrancada la ciudad del poder de los satélites del islam, la primera por el Cid (1098), la segunda por Don Jaime el Conquistador (1238); al caer de nuevo en poder de los árabes, después de su conquista por el Cid, es sitiada y tomada por el general almoravide Mazdali (año 1101), y por último sostuvo contra las tropas de Napoleón I, mandadas por el general Suchet (1810), un sitio de cuarenta días; hecho inaudito y comparable á los sitios de Gerona y Zaragoza, si se tiene en cuenta que al luchar los ciudadanos saguntinos contra las aguerridas águilas francesas lo hicieron tras unos muros medio arruinados y sin armas casi, rendiéndose tan sólo cuando ya era imposible sostenerse un solo momento más y no muriendo entre los escombros de la ciudad, como sus predecesores, porquellamaríamos nosotros mismos bárbaro en el siglo XIX lo que apellidamos heroico en el VIII. No sólo se han distinguido los saguntinos en las luchas sostenidas por su independencia, sino que también han peleado, con sin igual denuedo, en cuantas luchas intestinas han assolado nuestro Reino, ya tomando partido contra la Unión y á favor





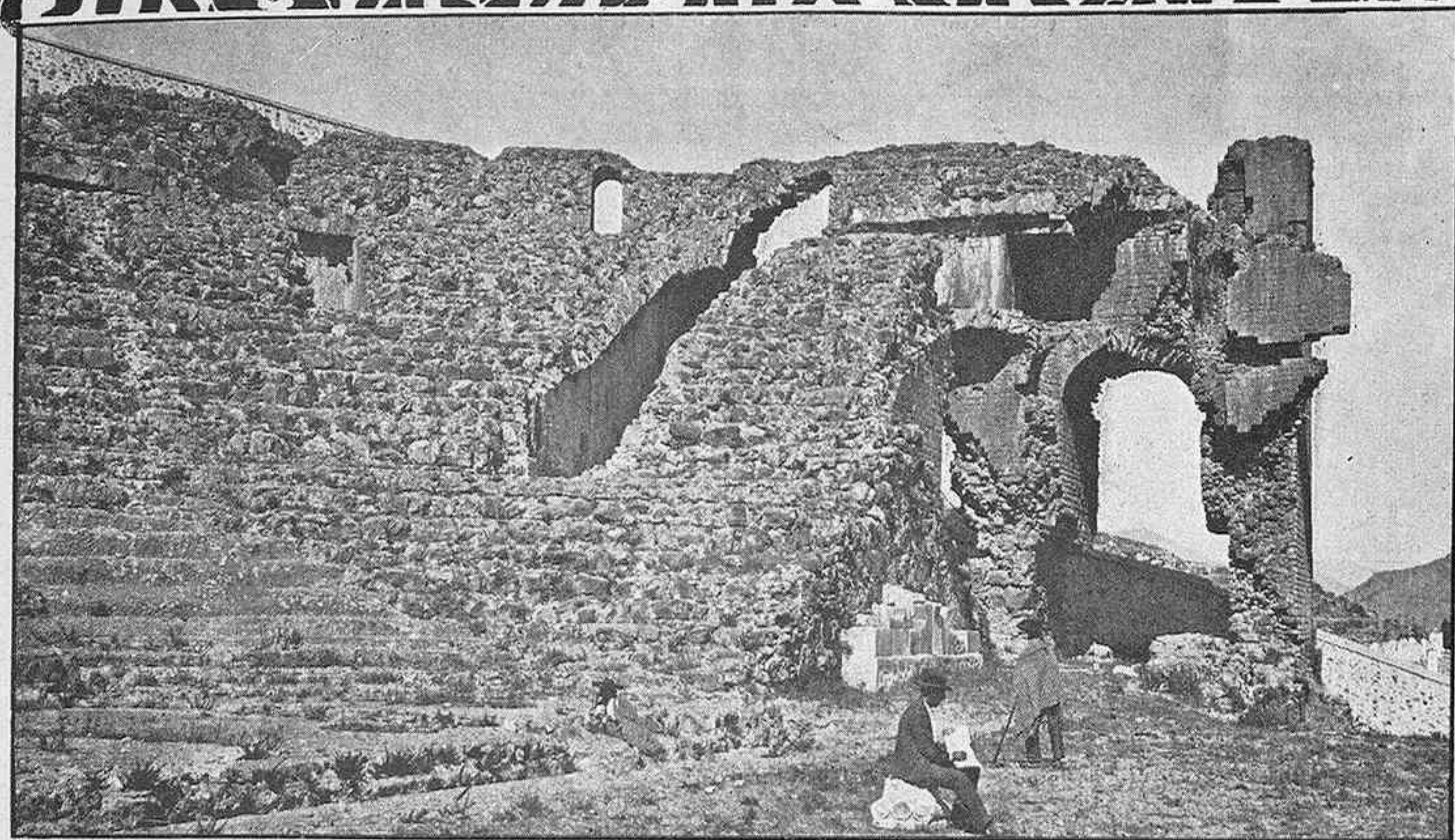
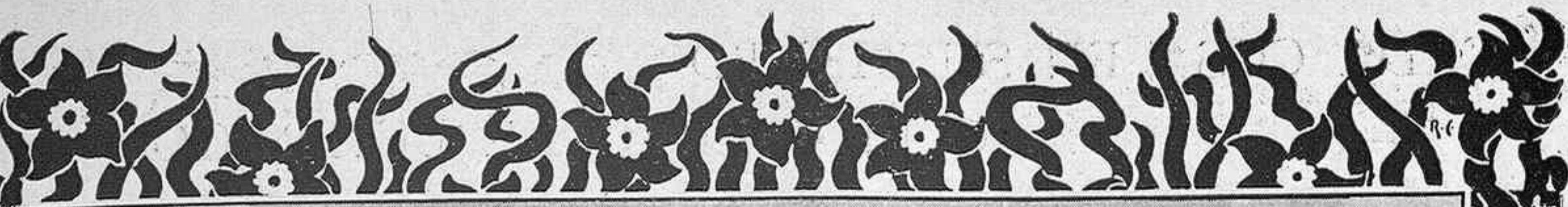
VISTA GENERAL DEL TEATRO ROMANO.

del rey Don Pedro IV el Ceremonioso (ó el del Punyalet) año 1348, ya en la guerra de las Germanias entre la nobleza y los plebeyos, abrazando el partido de estos últimos; ya defendiendo la causa de Felipe V contra el Archiduque de Austria, ya, en fin, en las guerras civiles del pasado siglo. El último hecho histórico de Sagunto ha sido la proclamación de Don Alfonso XII, Rey de España, por los generales Dabán y Martínez Campos.



PUERTA PRINCIPAL DEL TEATRO ROMANO.

Y ahora, para terminar, relataremos un hecho que nos acabará de probar cuan dispuestos están siempre los hijos de Sagunto á dar por su independencia todo cuanto poseen, hasta sacrificar la propia existencia. En la guerra llamada de la Independencia distinguieron por doquier gran número de guerrilleros que constituían el tormento y desasosiego de las tropas francesas, señalándose entre ellos, por sus actos arriesgados, un tal don José Romeu que fué durante mucho tiempo el terror de los invasores. Hecho prisionero, intimósele de orden del general francés que para salvar su vida debía reconocer por Rey á José Bonaparte, y en vez de contestar, encierrase en el más profundo silencio; llévanle al pie de una horca y le mandan que elija; nada contesta, contentándose con señalar la cuerda fatal, donde muere sin exhalar una queja antes que reconocer al opresor de su Patria. ¡Qué diferencia hay entre el mutismo de José Romeu y la contestación que dan los saguntinos á Alorco cuando, al decirles éste que Anibal les perdonará la vida si le entregan las riquezas y abandonan la ciudad, destruyen sus haciendas y tesoros por temor de que pudieran servirles de rescate, y arremetiéndose unos á otros buscan la muerte en sus mismas espadas para evitar que el sitiador en un rasgo de humanitarismo, no probable



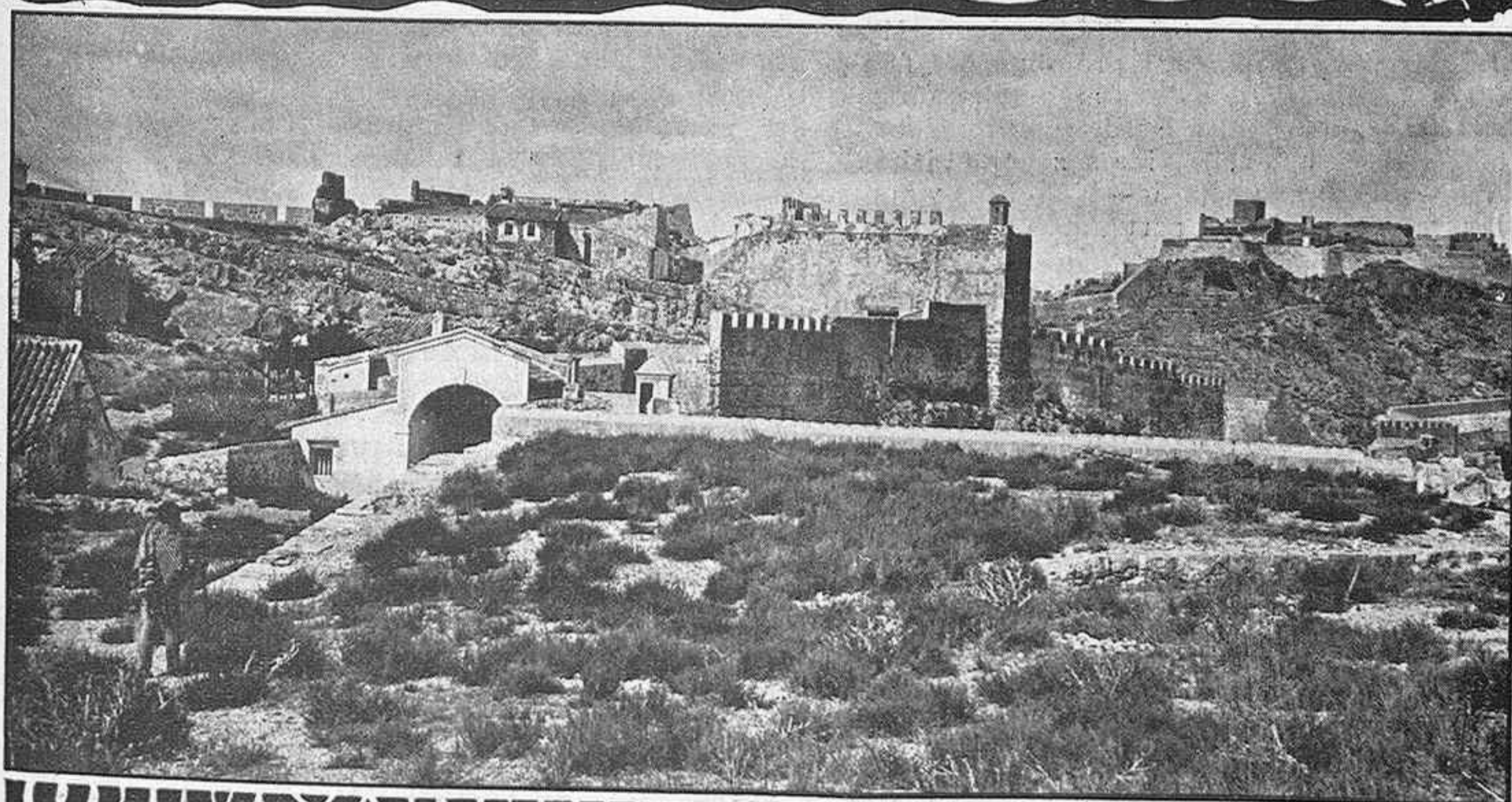
INTERIOR DEL TEATRO ROMANO.

pero posible, les haga gracia de ella! En la plaza principal de la ciudad álzase hoy un monumento á la memoria de don José Romeu, el perpetuador del férreo carácter y del amor patrio de los saguntinos.

J. M. SERRA Y B.

Orlado por R. Costa.

Fot. de J. Laurent y C.^ª (Madrid).



EL CASTILLO VISTO DESDE UNO DE SUS PATIOS.

CADA COSA EN SU TIEMPO

Ó EL CIERVO DE BUITRAGO

(CUENTO VIEJO Y TRASCENDENTAL).



PASCUAL, era el nombre propio de él; Masa —síncopa de Tomasa,— el de ella. Aquél, bizarro mozo, jastialote, garrido, fortachón y cubierto como robusta y añosa encina, con talle el más gentil entre los serranos que andan en el carboneo; y como rasgos intelectuales y morales, poseía la malicia por sabiduría, y por prudencia, la astucia. Por prendas de adorno, tenía en patrimonio las de audaz y afortunado con el mujerío, trovador sempiterno de endechas abortadas por su caletre, destreza en trasegar mostos desde las ventrudas tinajas á su gañote de alcancía de ánimas, y un tanto fuerte de camorrista

y bravucón *Item:* más trampas que un pajaritero en una dehesa, y una *fantesta* que hacía prevalecer á fuerza de garrotazos y pescozones.

Cualidades eran éstas, bastantes á dislocar el juicio más reposado de la más austera y recatada moza del lugar; cuanto más, el ya casi valetudinario de Masa, mujer veterana en el celibato, á que le condenara su peregrina fealdad y desgastado porte, tales, que no lograron adobarlos, ni los muchos reales que alzaba en el cofre, ni el copioso menaje de cara, ni el superabundante ajuar de cama y mesa, ni las tumbagas y zarcillos y otras alhajillas que completaban sus bienes muebles, ni los removientes, con ser muchos, ni los raíces, con ser no pocos. Así, que, poniendo Masa todo su conato en poseer la callosa y pesada mano de tan famoso montaraz *don Juan*, logró obtenerla fácilmente, encontrando cada cual, no su media naranja, sino el medio limón ágrico que habían menester para completarse y fundirse en una sola pieza.

No había satisfecho aún la arriscada sesentona los apetitos que le despertara el sabroso serrano, y apenas Pascual habíase aclarado la renegrida tez con el jabón de la vida sedentaria y regalada, cuando surgieron en el contubernio—que no matrimonio—la mohina y la discordia. Aborrecía él á la vieja y, para distraer su tédio gastaba y cortejaba: ella, por su parte, dió en lamentarse de la dilapidación de su hacienda y encelar al cónyuge: el infierno.

Entre las vecinas envidiosas de la afortunada Masa, destacóse Brígida, moza rolliza, gruesa de facciones, de ojos grandes y tez morena, famosa en veinte leguas á la redonda, porque era mujer que amasaba tres fanegas de pan en un día, y se comía una; la cual Brígida, apacentaba sus bueyes en los prados á que acudía Pascual, con tanta puntualidad y constancia, que pronto prendió el fuego en la estopa y ardió, extendiéndose la flama del incendio, hasta abrasar los oídos de la avispada Masa. Ardió ésta, á su vez, en celos, que la ateneaban y sumían en congojas mortales; pero, ganosa de no causar enojos á su idolatrado dueño, redobló sus seniles caricias, y, sobre todo, sus regalos y presentes; que «dádivas, quebrantan peñas;» llevando su atolondramiento, hasta suplicar con lágrimas en los ojos á su rival, en reservada plática, que dejara en paz á su marido y le tornara á su gracia y bendecidos quereres.

Prometiolo así la Dulcinea del Toboso de nuestro cuento y cumplió á maravilla la promesa, dándole quejas al marido ajeno y galán propio, pidiéndole, de paso, venganza del agravio: que por tal reputaba el haber venido su mujer á su casa á pedirle celos.

Con tal expediente, la mohina pasó del gesto y de las palabras á las obras, propinando Pascual á Masa tales torniscones y vapuleos, que pusieron en corcova las espaldas de la infeliz burlada, ya harto cargadas por los inviernos pasados.

Los repasos de aporreos y malos tratamientos, lejos de desengañar á Masa y de alumbrarla en su ceguera amorosa, arraigaban en ella hasta los tuétanos, la pasión que la arrastró á coronarse de mustios azahares, para celebrar nupcias que más tenían de funeral que alborozo de desposorios, y habíase resignado con su malaventura, si hubiera tenido por alivio cualquiera palabra oída de la boca de su Pascual, como no fuese para maldecirla. Pero el Adonis de la sierra, ni rompía la vara de su justicia, ni limpiaba su lenguaje marital de ripios y guijarros, con lo que se le hacía á Masa muy escabrosa la vereda de su vida.

En tan desesperada situación de ánima, quiso la fatalidad, que en día de fiesta acertara á pasar Masa por

delante de la puerta de Brígida, cuando salía ésta para ir al baile, como dicen, de veinticinco alfileres; y, mirándola con atención, la vió al cuello, entre otros adornos, un joyel que Pascual la diera el día que se casaron.

Aquí dieron remate su paciencia y seso y, volviéndose á casa y hallando en ella al fementido esposo descargó sobre él tanta ira y cólera, que de las palabras pasaron á las manos y armaron tal bronca, que alborotaron, primero, á la vecindad, después al pueblo.

Sosegaron al marido los vecinos y deudos, pero la mujer, implacable, no cesaba en sus desatinadas increpaciones. — «Plegue á Dios, bellaco, — clamaba á grandes voces y con desapoderada furia, — que, pues tú me haces padecer tanto, que los cuernos que yo había de tener, los tengas tú y como por tus deshonestidades adúlteras yo vengo á ser la vaca, el venado y el buey, que, por milagro y justo castigo del cielo, antes que Dios amanezca, te conviertas en venado y en ciervo y que lo vean mis ojos.»

Rendida de vocear y de llorar, quedóse Masa dormida sobre un canastro y mientras reposaba de la descomunal batalla librada, Pascual, quitándola las llaves sin que lo sintiese, le abrió las arcas, sacó de ellas los reales que aquella guardaba—verdadero oro en paño—y partió del pueblo



á media noche, dejando de par en par abierta la puerta de la casa, por no hacer ruido al cerrarla.

Era en la sierra de la montaña de Buitrago, donde acaecieron estos verídicos sucesos que narramos y en los días de Diciembre; con lo cual no hay para qué encarecer lo frigidísimo de aquella tierra en la estación invernal; tanto, que las fieras montaraces y las aves de rapiña se suelen acoger á las casas de las aldeas y encerrarse en los cobertizos de ellas, porque en despoblado se caen muertas á manadas. Así se explica, que un corpulento ciervo, bien puesto de cornamenta, al hallar abierta la puerta de la casa de Masa, entrase hasta la cocina y se echase ante las cenizas, aún calientes, de la lumbre de la chimenea.

Era más de media noche cuando Masa despertó y, renovándose, con la vigilia, la pasión por su Pascual comenzó á llamarlo con tono melífluo y acariciador, jurándole no volver á enojarlo y protestando que el mucho amor que le tenía, la había llevado á tanto exceso. Empero, como no le respondiese, trató de encender luz y fuese, con tal intento, hacia la cocina; con lo que el ciervo, al sentir pasos, se levantó azorado y, al buscar salida, dió á Masa dos ó tres formidables embestidas. Ella, que al tocar los cuernos, conoció que eran de ciervo, empezó á dar gritos y á pedir á Dios misericordia, creyendo que su maldición se había cumplido y que su marido verdaderamente habíase convertido en ciervo.

Tomando el caso por milagro y arrepentida de las maldiciones que había echado á su marido, huyó hacia la puerta, dando gritos, siempre seguida del astado bruto — el cual también buscaba la salida,—y atropellada por él, cayó desmayada sobre la helada nieve...

De ella, levantáronla muerta los vecinos.

No acaba aquí el cuento. Desengañada Brígida de su olvidadizo amante — que no quiso volver al lugar, ni aún muerta su mujer—y por quitarse de malas lenguas, se casó con un boyerizo, que vengó á Masa; porque, celoso y lleno de malicias y siéndole notorias las flaquezas pasadas de su mujer, no venía día de fiesta á mudar camisa, que, por hazte allá las pajas, no la mudase á ella el pellejo de las espaldas á puros palos; tantos, que, sobreviniéndole una vez un calenturón de mil demonios, acabó de repente, como su infeliz rival y víctima. D. E. P.

RAFAEL CHICHÓN

Ilustraciones de V. Buil.

EL RELOJ HUMANO

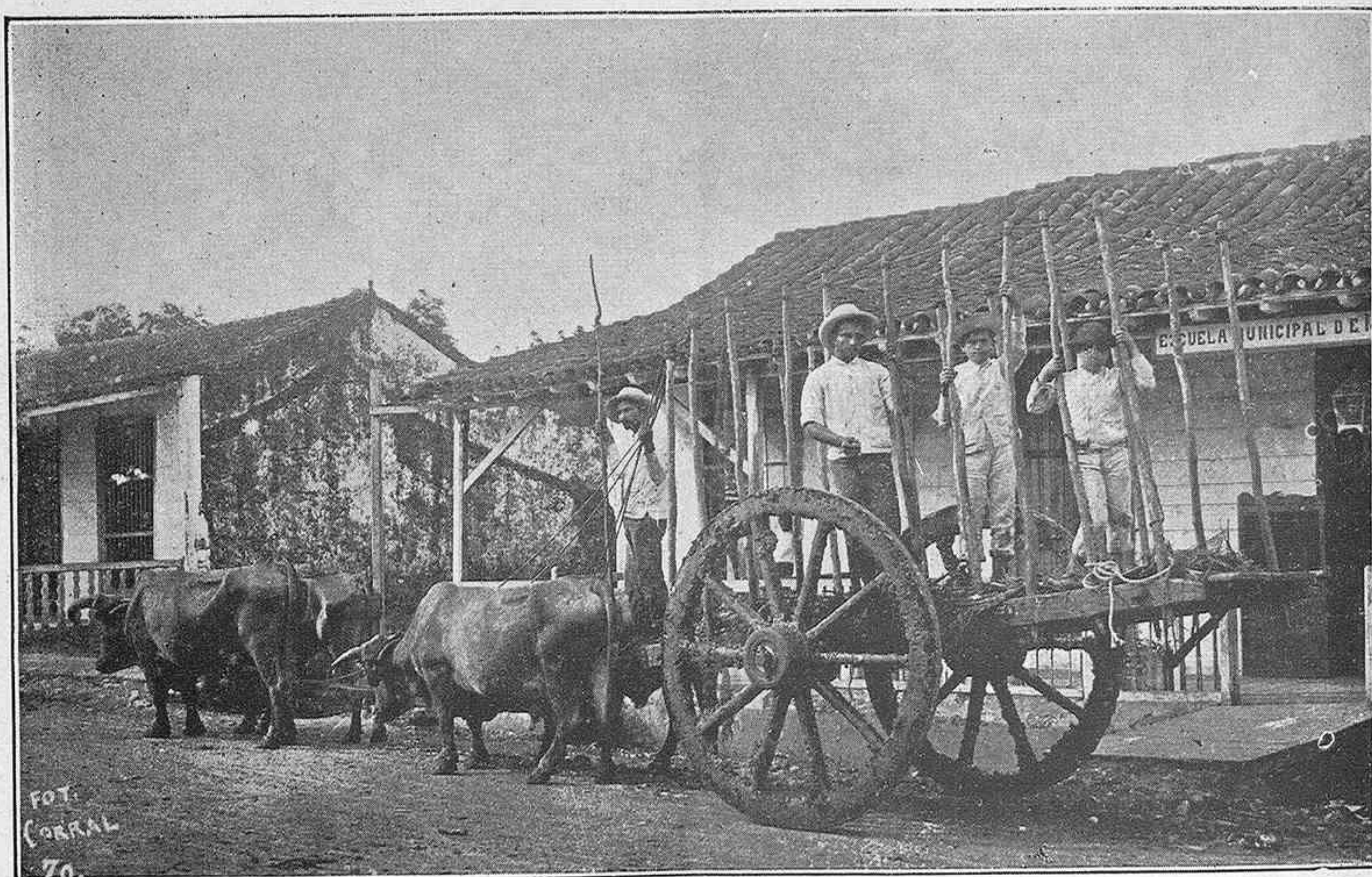
Es el hombre un reloj que á andar empieza
cuando cuerda le dan al darle vida,
y distinto lugar á su escondida
máquina señaló Naturaleza.

El pensador la lleva en la cabeza,
en la boca el que charla sin medida,
en el bolsillo el que de ahorrar se cuida
y en el pecho el que sufre y llora y reza.

Pobres en risas, ricos en suspiros,
todos de sus agujas en los giros
una hora hallan de gozo y cien de pena.

Tan sólo el egoísta, á ellas extraño,
sin máquina camina por su daño,
porque es reloj, pero reloj de arena.

CARLOS CANO



COSTUMBRES CUBANAS.

Fot. R. Corral. (Habana).

LIBROS RECIBIDOS

La guerra en Sud Africa, sus causas y modo de hacerla, escrita en inglés por el conocido autor de «*La gran guerra boer*» A. Conau Doyle y traducida al español por don Fernando de Arteaga y Pereira.

Es una obra interesantísima y merece en justicia el favor que le dispensa el público; ya se considere como simple narración de la empeñada lucha que estos últimos años ha preocupado al universo entero, ya se estimen en su inmenso valer las apreciaciones políticas y filosóficas en que abunda la misma.

Quizá, en su calidad de inglés, trata en ella el autor con un poco de apasionamiento ciertas cuestiones;

pero esto no rebaja el mérito intrínseco de su trabajo, fruto de un bien meditado estudio y de una inteligencia de primer orden.

Por lo que hace á la traducción, no hemos de regatearle los elogios; era una tarea harto espinosa para que el señor Arteaga, que la ha ejecutado á conciencia, no sea acreedor á la cordial enhorabuena que desde nuestro humilde semanario le enviamos.

La edición española de *La guerra en Sud Africa*, procede de la acreditada imprenta que don Antonio Marco tiene establecida en la calle de Pozas, núm. 12, Madrid.



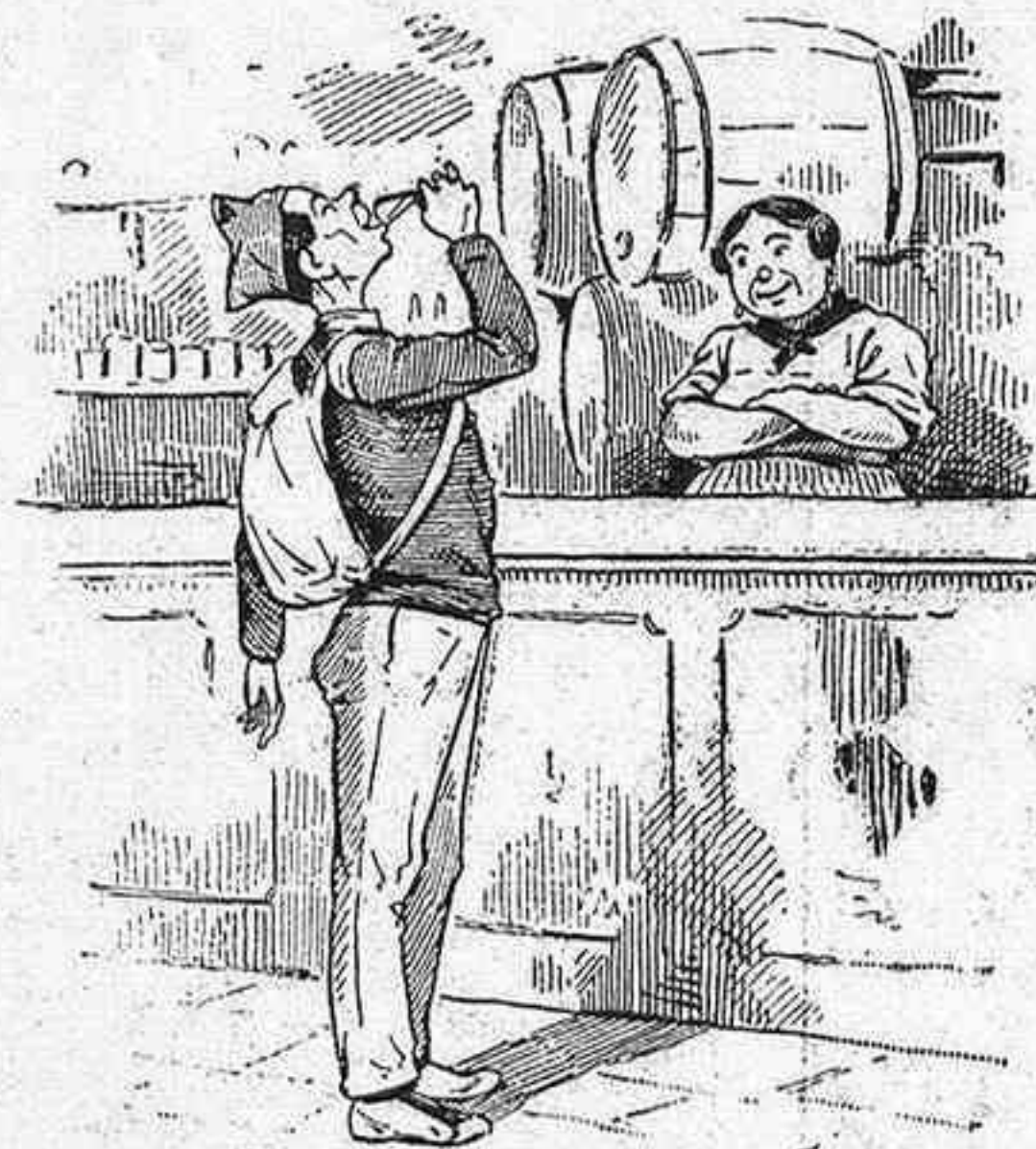
1. — ¡Patrona, deme usted una copa de aguardiente de á cuarto, que la voy á enseñar los mandamientos de la ley de Dios!



2. — Vaya una copa del superior de á cuarto.
— Bueno; pues mire usted: el primero, amar á Dios sobre todas las cosas.



3. — El segundo, no jurar su nombre en vano.
¡A su salud, patrona!



4. — El tercero, santificar las fiestas.



5. — ¡Ea, con Dios, patrona!
— Oiga usted, ¿y el cuarto?



6. — ¡Ah, se me olvidaba! ¡El cuarto honrar padre y madre!

Fot. - Tip. - Lit. del «Album Salón»

